

EL NIÑO DE LA BOLA.

(1882)

No ha de faltar quien se escandalice si digo aquí de buenas á primeras que este último libro del Sr. Alarcón es un esperpento; pero, escandalícese quien quiera, yo no puedo menos de decirlo.

¿Qué se ha propuesto el Sr. Alarcón al escribir *El Niño de la Bola*? No parece cosa fácil adivinarlo. Sólo sé decir que si se hubiera propuesto dar al traste con su reputación de escritor formal, más ó menos legítimamente adquirida cuando escribió *El escándalo*, no hubiera debido hacer su libro de ahora de otra manera.

El escándalo, novela de noble intención, por más que no esté del todo exenta de lunares, le valió á su autor la estimación de los católicos, y lo que es todavía mejor, el odio de los enemigos de la Iglesia. Le valió el que un crítico racionalista, hueco y destemplado, pero de gran autoridad entre los suyos, una de esas reputaciones que graciosamente crea

la falsa ciencia por ver de deslumbrar á los secuaces más indecisos y pusilánimes de la verdad y del bien, le maltratara con verdadera saña en una publicación ilustrada y ecléctica, cuyo nombre no quiero escribir, atribuyéndole ¡qué horror! haber querido hacer la apoteosis de la confesión auricular en su obra. Y le valió, por consiguiente, el que tras de la voz del portaestandarte de la moderna crítica, todos los gozquecillos de la impiedad periodística y literaria se desataran á ladrarle.

Me parece que es Paul Feval quien ha dicho que en materia de conversiones no está la gracia en atreverse á hacer lo más, sino en atreverse á hacer lo menos; ni está el valor en las cosas grandes, sino en las cosas pequeñas; y que tal cual convertido, que sería capaz de dejarse matar por la fe nuevamente abrazada, quizás no sea capaz de atreverse á ir en una procesión con vela. Y en verdad que si el viejo novelista bretón necesitase dar á sus observaciones otra autoridad más que la que las da su gran conocimiento del corazón humano, puede ser que no fuera dificultoso hallar patente confirmación de la que dejo apuntada en la conducta del festivo escritor granadino.

Digo esto porque se me figura que el señor Alarcón, que tuvo valor para escribir *El escándalo* y despedirse allí de la antigua clien-

tela de lectores de sus chistes de mediana ley y de sus episodios mal intencionados, el Sr. Alarcón que, después de publicado *El escándalo*, quizá, y aun de seguro, no hubiera temblado ante el puñal que le forzara á elegir entre la vida y la fe de sus padres, no ha tenido valor para llevar vela encendida en la procesión de restaurar la novela católica, al lado de Villoslada y de Pereda, bajo la compasiva sonrisa de sus antiguos compañeros de redacción asomados para verle pasar á los balcones de los altos puestos oficiales, y bajo las burlas de los discípulos desconocidos que hoy emborronan las columnas de los mismos periódicos en donde él cometió los primeros pecados literarios.

Y el caso es que tampoco ha sabido contentar á esta gente. Hablando de la famosa *Pepita Jiménez*, de D. Juan Valera, dije que este señor había querido hacer una novela doctrinaria, entre mala y buena, con el bien necesario para servir de salvoconducto al mal, y con el mal suficiente para contrarrestar el bien y esterilizarle.

Una cosa parecida, con menos intención, pero también con menos habilidad, presumo que ha querido hacer el Sr. Alarcón en *El Niño de la Bola*: ha querido lavarse el sambenito de neo y de ultramontano, ponerse á bien con los que se lo llamaban, y no malquistarse del todo con los católicos.

Mas si el autor de *Pepita Jiménez*, con mucha mayor habilidad literaria no salió del todo airoso en su empresa, claro es que el autor de *El Niño de la Bola* había de salir todavía menos airoso en la suya.

Y en efecto, el Sr. Alarcón ha logrado que su novela no guste á nadie.

Para los buenos no tiene sentido católico, ni apenas común sentido, y para los malos habla demasiado de religión, aunque sea para ignorarla y desconocerla.

Así es que no ha debido serle nada lisonjera la crítica, pues si se exceptúan los juicios, por decirlo así, de los niños precoces, especie de *monos sabios*, que sostienen las literaturas de algunos encopetados periódicos políticos, todos los demás escritores que han hablado de *El Niño de la Bola* lo han hecho con desdén ó con lástima.

Cuéntase de un indiano que habiendo asistido á la representación de *El Puñal del Godo*, como luego le preguntaran qué le había parecido de este ó del otro personaje, iba respondiendo poco más ó menos: «¡Ah! ese ha estado muy bien», «ese no me ha gustado tanto»; y como le ocurriese á una señora preguntarle qué tal le había parecido el argumento, creyendo que se le preguntaba por otro personaje, se quedó haciendo memoria y contestó al cabo:—«Señora, ese no ha salido». Apurado me vería yo para dar á mis

lectores idea del argumento de *El Niño de la Bola*, porque pasa en esta novela lo mismo que á juicio del indiano pasaba en el drama de Zorrilla: el argumento no sale.

En *El Niño de la Bola* no hay verdadero argumento, no hay acción, no hay personajes siquiera. No hay más que unas cuantas figuras desiguales que se mueven sin ley ni concierto, ni plan ninguno, ora hacia adelante, ora hacia atrás, tan pronto á la derecha como á la izquierda, despacio ó de prisa, y siempre de la manera más impensada y menos lógica.

El Niño de la Bola viene á ser un tablero de ajedrez con las figuras encima, pero manejadas éstas por un loco, por un niño, ó por una persona distraída y caprichosa que no conoce la marcha del juego, y que tan pronto hace reyes de los peones, como hace de los reyes peones ó caballos.

El señor Alarcón presenta personajes, crea tipos al empezar su obra; pero en cuanto ha logrado imprimirles algún carácter de verdad y darles algún interés parece que le falta tiempo para destruirlos, y se complace en afearlos y deshacerlos, facción por facción y línea por línea; bien así como el escultor ó el pintor que cuando á costa de largas vigiliass hubiera conseguido acabar una figura hermosa, se divirtiera en tirarla lodo á la cara hasta dejarla horrible.

Tiene el señor Alarcón en esta novela pin- celadas maestras, toques felices: la primera pintura que hace del usurero, no por estar un tantico recargada, deja de ser de primer orden: tampoco está mal hecho el retrato de don Rodrigo Venegas, que es, dicho de paso, el único personaje á quien Alarcón no desnatura- liza, pero porque se muere al instante, en la primera escaramuza, que si no, Dios sabe qué hubiera hecho de él y cómo lo hubiera puesto: es de creer que no hubiera salido mejor librado de manos del señor Alarcón que los otros. Porque el señor Alarcón hace decir á uno de sus personajes, refiriéndose á otro, que entre el bien y el mal, *será del último que llegue*; y á él le pasa lo mismo; es siempre en este libro del último que llega, y por desgra- cia es el mal el que llega el último.

Un caballero de media sangre, ó sea oriun- do por mitad de cristianos y de moros, que sirvió lealmente á su patria en la guerra de la Independencia, se encuentra después lleno de deudas y entregado al brazo secular de un usurero de la Rioja, establecido en Guadix, que es donde pasan las cosas de la novela.

El usurero es naturalmente aborrecido de todo el mundo en general, y de las víctimas de su codicia en particular, y una noche no falta quien le ponga lumbre á la casa, con el piadoso intento, sin duda, de que se le que- maran los papeles, y aun él á ser posible.

Al saberlo don Rodrigo de Venegas, que así se llamaba el medio moruno caballero, asustado ante la idea de que la maledicencia popular le señalara como autor del incendio por aquello de *cui prodest*, puesto que no ha- bía entre todos los desplumados por el ave de rapiña llamada *Caifás* nadie que saliera ga- nando tanto, corrió á la casa del usurero, se lanzó entre las llamas contra los prudentes consejos de los circunstantes, salvó los pape- les por donde resultaba deudor de tres millo- nes de reales (de los que sólo diez mil duros había percibido en efectivo, siendo todo lo demás *interés*), y fué á ponerlos en manos del despiadado *israelita*. Pero se había llevado un chamuscón horrible, de resultas de lo cual le dió el *tétanos* y se murió á las pocas horas.

Hasta aquí la novela no tiene nada de particular, si bien es verdad que todavía ape- nas hemos entrado en materia.

El usurero hace valer contra el caudal de don Rodrigo los papeles que don Rodrigo salvó á costa de su vida, y los tribunales le adjudican todos los bienes del hidalgo, que según tasación pericial, no valen más que dos millones, pudiendo así lamentarse *Caifás* de que pierde uno.

Don Rodrigo ha dejado un niño de pocos años, llamado Manuel, que es el héroe del cuento, y á quien naturalmente no le queda más que el día y la noche.

El cura de la parroquia, á quien el señor Alarcón ha tenido la gracia de hacer tonto de capirote y de llamarle *cura de misa y olla*, y de ponerle un apellido feo y extravagante (Muley), todo indudablemente porque los *libre-escribidores*, sus antiguos camaradas, no tuvieran pretexto para acusarle de ultramontano, recoge en su casa al hijo de don Rodrigo con el fin de criarle y educarle.

Y aquí es donde empieza lo bueno, como suele decirse.

De aquí para arriba ya todo es andar al juego de los despropósitos, ya nadie sabe ni presume lo que hará ninguno de los personajes, ni después que alguno ha hecho alguna cosa, se sabe por qué la hiciera.

Manuel Venegas, conocido más tarde con el apodo de mal gusto que da nombre al libro, es una criatura incomprensible: el autor mismo le llama muchas veces semisalvaje, y aún hiciera mejor en llamarle salvaje del todo. Tiene instintos feroces, y no asoma á la razón casi nunca; y eso que le está educando un sacerdote; y eso que está enamorado de una efigie del niño Jesús, á quien hace mimos y caricias y con quien mantiene amorosos coloquios.

No se crea sin embargo que el Sr. Alarcón se haya propuesto con reunir y acumular estas excentricidades, burlarse de la devoción ni de la educación religiosa; de ningún modo;

el señor Alarcón no es hombre de intención tan larga, y en este particular estoy seguro que ni él mismo sabe lo que se propuso.

El niño semisalvaje da luego en la manía ¡verán ustedes qué manía más graciosa! de ir á sentarse todos los días en un poyo que hay enfrente de la antigua casa palacio de sus mayores, ahora habitada por el usurero, y de pasarse allí las horas olvidadas sin quitar los ojos de aquellos balcones herméticamente cerrados.

¿Qué buscaba allí? Por qué iba? No lo sabemos, y el señor Alarcón tiene la crueldad de no decírnoslo.

Mas ¡por cuánto el usurero no había de tener una hija, niña también, y muy hermosa, llamada Soledad de nombre y *La Dolorosa* de apodo (esto más tarde, y con ello no creo que haya querido demostrar el autor que la religión sirve para poner motes), por cuánto el usurero, digo, no había de tener una hija, y cátense ustedes que un día la ve el salvajito entrar ó salir en casa y se enamora de ella perdidamente! Y no para aquí la cosa, sino que la niña le corresponde, y ya tienen ustedes á Manuel y á Soledad, ó á *El Niño de la Bola* y *La Dolorosa*, como los tenemos que llamar después, convertidos en un Abelardo y una Eloisa de muy pocos años: de siete ú ocho; que no nos detenemos á ajustar la cuenta, porque el autor tampoco la lleva siempre

ajustada sin ciertas inexactitudes y distracciones.

El niño semisalvaje, sin dejar de serlo, llega á ser hombre, es decir, crece y caza y vive casi siempre en la sierra, y se propone luchar contra «el *ananque* (fatalidad) de las cosas,» que diría Víctor Hugo, y gana dinero y fama de guapo chico, y mata un oso luchando con él á brazo; con lo cual, y con otras varias habilidades prolijas de referir, llega á la envidiable categoría de matón del barrio.

A todo esto, Soledad ha crecido también y está tan *dolorosa* y tan bonita; pero el judío de su padre no quiere que se case con Manuel, y ya tenemos los amores desgraciados, indispensables en toda novela de pacotilla.

Después de otros detalles que no interesan, viene la *Rifa*.

Esta rifa es una ceremonia medio profana medio santa que el autor introduce en las costumbres de Guadix, sobre lo cual hemos de hacerle la gracia de creerle bajo su palabra. Allí se subasta todo, según dice el señor Alarcón, hasta el baile, y el precio de lo subastado entra como limosna en las arcas de la cofradía del divino Niño. Manuel acudió un año á la rifa, decidido á bailar con Soledad, que también había ido allá con su padre.

—Cien reales por bailar con aquella señora—dijo Manuel señalando á su amada,

—Mil reales porque no baile—repuso el padre de la niña.

—Cien duros por bailar—replicó Manuel.

—Ciento diez porque no—contrareplicó el usurero.

Y después de varios dimes y diretes, *Caiús* ofreció 2.000 duros por llevarse á su hija para casa sin que bailara con Venegas, como así lo hizo en efecto (el llevarse á su hija, que no el pagar los 2.000 duros), y dijo además que el dinero que ofrecía Venegas no era suyo sino que aún se lo estaba debiendo, puesto que, como todo el mundo sabía, D. Rodrigo le debía tres millones y no había cobrado de ellos más que dos que valían las fincas.

Esta acusación miserable, hecha ante un pueblo que sabía perfectamente los antecedentes del usurero y la historia de su crédito contra D. Rodrigo y el hidalgo proceder de éste, ante un pueblo que sabía que el usurero, lejos de haber perdido un millón con D. Rodrigo, se había cobrado mucho más de millón y medio de sobra, parecía natural que no produjera más efecto que ahondar el odio y el desprecio de todos contra el que tenía el triste valor de lanzarla.

Pero el Sr. Alarcón arregla las cosas de otra manera: el pueblo, que adoraba á Manuel y á su difunto padre D. Rodrigo, parece dar la razón al usurero, y Manuel por estas causas decide incontinenti marcharse á las

Indias á buscar el millón que *debe á Caifás* y otros cuantos para hacerse dueño de la *Dolorosa*.

Se está por allá ocho años sin escribir, y entre tanto la *Dolorosa*, que le quería mucho, se casa con otro, con un tal Antonio Arregui, porque su conciencia, arreglada por el ñor Alarcón, no la permite desobedecer á su padre que se lo manda.

De suerte que cuando *El niño de la Bola* torna de allende los mares cargado de dinero, en víspera de otra rifa precisamente, encuentra á Soledad casada y hasta madre de familia.

Y aquí es ella.

El señor cura emplea todo el poco discurso que el Sr. Alarcón ha tenido la bondad de concederle, en persuadir á su ahijado Manuel que se vuelva por donde vino, y sostiene con él á este propósito grandes altercados. Por ellos se sabe que Manuel dejó la fe por allá, mientras acaparaba el dinero, lo cual es muy natural, porque, para enriquecerse, la fe no puede servir más que de estorbo.

Pero lo que no es tan natural ni mucho menos es que Manuel, que estaba decidido á matar á Antonio Arregui, á su hijo y á todo el género humano que entre él y Soledad se interpusiera; Manuel, que ya no tiene fe ni por consiguiente más norma de vida que sus pasiones salvajes, sólo con escuchar los dis-

ursos de un cura tonto, le cuelga todas sus alhajas al Niño Jesús, en quien ya no cree, renuncia á su venganza y á su amor, y se marcha de la ciudad como un cordero.

¡Para que se diga que ya no hay milagros! No los hará Dios si la moderna ciencia no se lo consiente, y por de pronto en el libro del señor Alarcón ya parece darse á entender que no los hace el Niño Jesús; pero lo que es el señor Alarcón, los hace.

La salida inverosímil de Manuel Venegas renunciando en un abrir y cerrar de ojos á todos sus proyectos de muchos años, es un milagro patente; y puesto que el señor Alarcón no quiere que este milagro se atribuya al Niño Jesús, y ha ordenado las cosas de modo que cualquiera se pudiera reir del que intentara atribuir al Niño Jesús este milagro, no hay más remedio que colgársele al señor Alarcón, gústele ó no le guste.

Lo que hay es que el milagro dura poco, porque Manuel se marcha por la mañana y á la tarde ya está de vuelta; si bien esto no quita para que el señor Alarcón, que obró un milagro para hacerle marchar, tenga que obrar casi otro milagro para traerle.

Antes convirtió, como si dijéramos, el agua en vino, y ahora va á convertir el vino en agua; antes hizo de un lobo, de un chacal, de un tigre un manso cordero, y ahora va á hacer de una tímida gacela ó de una casta paloma

una jabalina, una hiena, una furia del infierno.

Porque es de saber que aquella Soledad tan buena y tan hermosa en todo el libro, la que por su modestia exterior, fiel reflejo de su interior piedad, mereció ser por el vulgo comparada á la Virgen de los Dolores, y llamada *La Dolorosa*; la que por sus virtudes y buenas obras hacía casi olvidar las fechorías de su padre, la niña juiciosa que, según cuenta don Pedro Antonio, sacrificó su gusto en asunto tan grave como el de contraer matrimonio por no desobedecer ni disgustar siquiera al autor de sus días, ahora que es ya esposa de un hombre honrado y madre de un hermoso niño, por sólo haber visto á Manuel Venegas el semisalvaje que ha venido de la India salvaje del todo, olvida todos sus deberes cristianos y sociales y escribe á Manuel una carta que no la escribiría peor una ramera, ofreciéndole su propia deshonra, y convidándole y alentándole de la manera más desvergonzada al adulterio.

El señor Alarcón se encarga de hacer llegar esta carta á manos del fugitivo milagroso, y el fugitivo se vuelve y, corriendo á campo traviesa por los trigos de Dios, logra presentarse aquella misma tarde en la rifa.

Soledad estaba allí; la daba el corazón que había de volver su amante.

Llegar éste y comenzar á ofrecer dinero por bailar con ella, todo fué uno.

El marido de Soledad ahora, como su padre hace ocho años, trata de impedirlo con dinero, pero Manuel es ahora mucho más rico que entonces y no hay manera posible de estorbar que baile, porque, como dice el libro con cierta pretensión de hacer gracia, «el Niño Jesús no podía perder aquel dinero».

El resultado es que Manuel baila con Soledad, y al concluir de bailar, siguiendo la general costumbre, la abraza, dándola un abrazo tan fuerte que la espachurra ¡vaya un amor! como á la uva en el lagar; y en esto Antonio Arregui, el marido de Soledad, que ve á ésta echar sangre por la boca y por los oídos, coge de los pies de la imagen el mismo puñal de mango de oro que el indiano había comprado allá para matarle (antes de saber que existía, por supuesto), y le hunde en el corazón de Manuel Venegas.

Tableau, que dicen los franceses.

Y aquí da fin el romance,
Perdonad sus muchas faltas.

Que de verdad son muchas, como el atento lector habrá ido notando.

Y eso que ni la quinta parte de las que tiene el libro he podido dar á conocer en esta breve reseña; pues para darlas á conocer todas, era preciso hacer otro libro mayor, y aun así no se conocerían tan bien como leyendo

El Niño de la Bola, cosa que Dios me libre de aconsejar á nadie.

Aquí debiera concluir porque se va haciendo el artículo demasiado largo; pero he prometido decir algo del cura que pinta el señor Alarcón, y voy á decir cuatro palabras de ese sacerdote á quien de seguro ningún obispo, á no ser el señor Alarcón, se hubiera atrevido á ordenar *in sacris*.

Si pudiera yo suponer al señor Alarcón capaz de mala fe, y de dañado propósito, diría que era imposible intención más dañina; pero no creyéndole capaz de esas cosas, tengo que decir que es imposible mayor ignorancia de la Religión, de la disciplina de la Iglesia, de las costumbres del clero, mayor desconocimiento, en una palabra, de lo que se trae entre manos.

He dicho antes que el cura que pinta el señor Alarcón, con la misma facultad de *pintar como querer* con que el otro pintó á un león vencido por un hombre, es tonto de remate, y pocos rasgos bastarán para probarlo.

En primer lugar, el cura del señor Alarcón no tiene opinión política; es decir, que lo mismo le da que derriben las iglesias como que las levanten; porque ya nadie duda, á no ser acaso el señor Alarcón, que la política levanta y derriba los templos. Dicho se está con esto que el cura del señor Alarcón (y además éste lo dice) no tenía nada de ultra montano.

Tampoco tenía ni ribetes de filosofía, y do mismo que servía para cura de Santa María de la Cabeza (ahora va lo bueno) y como tal derramaba muchos bienes morales y materiales, hubiera servido para sacerdote hebreo ó mahometano, protestante ó chino, con gran respeto y edificación de tales gentes.....»

No tengo valor para seguir adelante.

Del estilo de la obra también habría mucho que hablar; pero después de haber encontrado defectos tan graves en el cuerpo, detenerse á contar las manchas y los rasgones de la ropa, fueran nimiedad sin disculpa. Baste saber que el señor Alarcón, que nunca ha sido modelo en materia de buen decir, escribe ahora, desde que es académico, mucho peor que en sus verdes abriles: se ha hecho amanerado, sistemático en el uso de locuciones de mal gusto, y por el afán de parecer gracioso, salpica su prosa de paréntesis hasta el extremo de hacerla insoportable.

Tal es el desventurado libro que se llama *El Niño de la Bola*, rótulo extrambótico ó epitafio bajo el cual, á mi entender, ha enterrado el señor Alarcón su estimable reputación literaria.